

Una buena impresión

POR MÓNICA LAVÍN

mexicana

—¿Quiere una impresión?

Cruzaba la plaza de Santo Domingo flanqueada por los portales donde se alineaban las presas de fierro negro una tras otra; apenas separadas por un pasillo estrecho mostraban los tableros con invitaciones, tarjetas personales, bolos, un sinnúmero de ejemplos donde ilustración, tamaño y tipo de letra retaban al capricho del cliente. No conocía esa parte de la ciudad e ignoraba la mecánica de las transacciones, así que sujetando el texto por imprimir entre mis manos decidí ponerme a merced del hombre de tan directo abordaje. Eché un vistazo a la fila de impresoras para cerciorarme de que mi decisión era la correcta, al fin y al cabo me ahorraba la incertidumbre. No sabría cuál, ni por qué esa, ni cómo decir que no a otra que por desconocidas evidencias me parecía no ser la indicada.

Asentí, dejándome guiar hacia los portales entre letras inglesas, helvéticas, romanas y las voces invitándome a confiar en su trabajo, hasta una puerta pequeña.

Me incomodó el ruido de la puerta metálica que el hombre cerró a mis espaldas y la oscuridad de la escalera por la cual subimos a un primer piso. Caminé segura. Debía aparentar ser una conocedora del mercadeo de estos trabajos para que el vendedor no se aprovechara

de mi inexperiencia y abusara en el trato. Desembocamos en un salón apenas iluminado por una ventana alta y larga que tenía una pared forrada de papel azul, un banco alto frente a ella y un pedazo de alfombra roja que dejaba al descubierto la duela gastada.

El hombre indicó que me sentara en el banco y desapareció en el cuarto contiguo desde donde encendió una luz. Salió después de haberse colocado unos guantes de cirujano y se acercó calmando mi expectación.

—¿Qué tipo de impresión?

—Pues verá, es muy personal.

—Comprendo, tengo lo indicado.

Y volvió a desaparecer en el cuartito para salir de nuevo con un prensapapeles de madera. De pie frente a mí preguntó.

—¿Algún padecimiento cardíaco?

—No —contesté cortada.

—Firme esta hoja, pues en caso de algún desafortunado percance no nos hacemos responsables.

—¿Cómo que no se hacen responsables? Si ustedes son los que realizarán el trabajo.

—Miré, si no está de acuerdo—dijo con ademán de quitarse uno de aquellos desagradables guantes.

—Está bien— accedí evitando mostrar mi



ingenuidad en el asunto—. ¿Dónde firmo? ¿Pero estará el trabajo a tiempo?

— Enseguida.

—Espere— dije y extendí el papel con el texto aprisionado entre mis manos. Pero el hombre ya había desaparecido de nuevo en la minúscula habitación después de haber dado un tirón al cable de las cortinas que bloquearon la escasa luz de la ventana. Me sujeté del banco con fuerza.

Se escuchó una música lejana, mal grabada, de circo pobre y salió el mismo hombre ostentando una masa roja que goteaba un líquido sanguiinolento. Una luz de seguidor apuntó a las manos del hombre que se acercaba levantando un corazón inmenso y mal oliente. Aún latía. Me tapé la boca y volteé la cara. El hombre lo acercó aún más y esparció un olor a sanguaza y éter. Antes de que yo protestara, salió un enano desnudo con un sexo tan largo y unas piernas tan cortas y arqueadas que

parecía estar a punto de raspar el piso. Me miró desplegando una boca carnosa y húmeda y tomó su sexo orgulloso. Avanzaba dando pequeños saltos al tiempo que se masturbaba con los ojos descentrados. No podía dejar de mirar aquel falo enorme y brillante creciendo entre sus manos infantiles y regordetas. Avergonzada percibí la humedad de mi entrepierna. Quise tocarme, apretar el pubis y pedir piedad. Pero en seguida, y de perfil, el enano eyaculó un chisguete de esperma capaz de generar hombres normales y hasta gigantes. Se alejó riéndose.

Salió un gato, cojo, enjuto y de pelambre disparejo y pasó la lengua sedienta por el semen fresco. Sentí deseos de compartirlo con el gato, de palpar su viscosidad, estirarlo entre los dedos para formar una columna y descubrir su límite. El gato viejo me miró y triunfante se trepó a mi regazo y estiró su lomo para pasar esa misma lengua impregnada con semen de enano por mi rostro.

Se oyó un chasquido, el gato salió disparado, la luz del seguidor que había acompañado los movimientos del felino y del enano se apagó. Entonces apareció el hombre y dio un tirón al cable de las cortinas llenando de sol la habitación. Me extendió un recibo. Todavía absorta leí la cantidad y extraje de mi monedero lo indicado.

El hombre me acompañó solícito por la misma escalera oscura hasta la puerta. Al abrirla entraron de golpe la luz del día y el sonido mecánico de las prensas.

—Bueno, ¿y qué le pareció la impresión?—preguntó sonriente.

Cerró la puerta sin esperar respuesta. Al cruzar la plaza, arrojé el papel que aún tenía entre las manos al bote de basura.

Publicado en *La isla blanca*, Lectorum, México, 1998.

Mónica Lavín. Cuentista y novelista mexicana. Bióloga de profesión. Premio Nacional de Literatura “Gilberto Owen” y Premio Nacional de Narrativa de Colima. Profesora en la Universidad Autónoma de la Ciudad de México. Obras publicadas: “Nicolaza y los encajes”; “Tonada de un viejo amor”; “Ruby Tuesday no ha muerto”; “La más faulera”; “La isla blanca”; “Cambio de vías”; “Uno no sabe”; “La línea de la carretera”; “Café cortado”; “Pasarse de la raya”; “Despertar los apetitos”; “Apuntes y enrancias”; “Hotel limbo”; “Yo, la peor”.